

veno, primo del difunto Manuel. La division de la familia imperial se comunicó pronto al pueblo entero, porque la latina María procuró naturalmente apoyarse en las colonias de los francos de Constantinopla, mientras que Andrónico se presentó en seguida como jefe de una reaccion político-religiosa contra las ingerencias de los occidentales en el gobierno interior político y eclesiástico del Estado bizantino. En la primavera de 1182 se aproximó Andrónico á Constantinopla al frente de fuerzas del ejército «para librar de malos consejeros al joven emperador». María y el Protosebaste reunieron tambien tropas, y al efecto, tomaron muchos latinos á su servicio; pero á sus espaldas se levantaron los griegos de la capital. Los latinos cogidos en medio de dos enemigos, tuvieron que ceder á la fuerza mayor. Los griegos depusieron y sacaron los ojos al Protosebaste; luego se arrojaron sobre las viviendas de los latinos, esto es, sobre aquellos ricos barrios de las ciudades comerciales italianas de Constantinopla, y saquearon, incendiaron y asesinaron allí con el salvajismo mas inhumano. Las mujeres de los francos, sus hijos, los sacerdotes, los ancianos y los enfermos, todos fueron degollados ó vendidos como esclavos; en cambio, una gran parte de los hombres capaces de defenderse se salvó en los barcos en alta mar, y recompensó á los griegos el afrentoso derramamiento de sangre, llevando á cabo horribles devastaciones en las costas bizantinas y dando gritos de cólera y excitando á la venganza contra la desleal Constantinopla.

Andrónico, despues de conquistada la capital, se hizo nombrar primero como tutor, y desde octubre de 1183, coregente del joven emperador. Sin embargo, no estaba aun satisfecho con esto, y despues de haber hecho estrangular á la desgraciada María, dió en setiembre de 1184 la órden de asesinar tambien á Alejo y subió como único soberano al trono del imperio. Era un hombre muy perverso, pero al mismo tiempo extraordinario, el que por este medio empuñó las riendas del gobierno: fué el Alcibiades de la familia de los Comnenos. En su juventud habia sido hermosísimo, de fuerzas hercúleas, siempre ávido de empresas amorosas é irresistible para el corazon de las damas. Al lado de muchas mujeres de humilde nacimiento habia tambien en el número de las víctimas de su arte seductor una serie completa de princesas griegas y franco-sirias. Por esta causa se indispuso muchas veces con su primo Manuel y estuvo en la prision y otras huido entre los rusos ó los turcos.

A la sazón, en la última etapa de su vida, habia logrado tambien satisfacer plenamente la otra pasión, que además de la sensualidad le dominaba; es decir, su ambición; y en un solo concepto se mostró digno de llevar sobre su cabeza la corona que habia conquistado; pues mostró talento para reparar los graves perjuicios inferidos á la administracion del imperio, mejorar la gestion financiera de los súbditos y contener la terrible corrupcion de los empleados, que se habia desarrollado sobre aquellas bases. Además dió varios pasos para ilustrar al pueblo, mejorar la administracion de justicia y particularmente para tener á raya el espíritu levantisco de los altos dignatarios; pero á pesar de esto su gobierno produjo en resumen fatales resultados, porque aspiró á conseguir por malos medios el bien que se habia propuesto como fin. No solo ordenó pasar á cuchillo á los colonos italianos de la capital y asesinó á María y á su hijo, sino que sediento de sangre y furioso procedió tambien contra los principes de la casa imperial, y contra todo el que por su nacimiento ó posicion excitaba su envidia. Por esto estallaron en diversas comarcas del imperio insurrecciones, una de las cuales, por lo menos, salió adelante con sus propósitos. Isaac Comneno, pariente lejano del emperador, se apoderó de Chipre por medio de la astucia y la violencia el año 1184, y tomando el

título de «emperador» de la hermosa isla se conservó independiente. Despues levantaron sus armas acostumbradas á la victoria, contra el imperio bizantino, los normandos sicilianos, incitados por el clamoreo de los comerciantes de Italia y de ilustres griegos, que habian huido de Constantinopla ante el puñal asesino del tirano. Parecieron repetirse los tiempos de Roberto Guiscardo, cuando aquellos temibles enemigos conquistaron con poco trabajo á Dirraquio (Durazzo) en la primavera de 1185, y desde este punto, unos por tierra y otros por mar, avanzaron hasta Tesalónica. Esta populosa y rica ciudad fué estrechamente sitiada; la guarnicion y el vecindario se defendieron en general muy bien, pero el comandante era cobarde y estúpido, y la colonia latina, que aun se habia sostenido en esta ciudad, se inclinaba en favor de los sitiadores. Pocas semanas despues de princi-



El emperador Andrónico



El emperador Isaac

Facsimiles del códice *De passagiis in Terram Sanctam* (Venecia)

piado el sitio, en agosto de 1185, consiguieron los normandos abrir una brecha en las murallas. Asaltaron á Tesalónica y saciaron su deseo de venganza y su codicia de botin cometiendo horrosos asesinatos y saqueándolo todo. Luego levantaron el campo y se dirigieron hacia el Este con la escuadra y el ejército de tierra para atacar definitivamente á la misma Constantinopla.

Andrónico en un principio no juzgó bastante serio el peligro que amenazaba á su trono por parte de estos enemigos; y cuando empezó á dar disposiciones las mas enérgicas para la defensa, era ya demasiado tarde para él. El terrible odio de que estaban poseidos desde mucho tiempo hacia los principales del imperio, se apoderó tambien por fin de las masas del pueblo, bajo la presión de la angustia que experimentaban ante la aproximacion de los normandos. El 11 de setiembre de 1185 fué apresado por los secuaces del tirano, Isaac Angelo, vástago por parte de su padre de la noble raza de los Angeli del Asia Menor, y por parte de su madre, biznieta del emperador Alejo I. Isaac era por lo demás un cobarde, pero con la desesperacion se puso á la defensiva. La nobleza, el pueblo y las tropas se adhirieron á él y le proclamaron emperador. El anciano Andrónico trató de huir, pero fué cogido y asesinado de la manera mas cruel el 12 de setiembre. Con él terminó la dinastía de los Comnenos, que á pesar de sus muchas faltas habia conquistado una brillantísima posicion por espacio de un siglo para el imperio bizantino que se estaba hundiendo.

El infeliz Isaac recibió la pesada tarea de rechazar á los normandos y lo consiguió, gracias á los últimos preparativos que ordenó su antecesor, y al auxilio del entendido general Alejo Branas. En una gran batalla librada en Demetritza no lejos de Anfípolis derrotó completamente á los normandos el 7 de noviembre de 1185. Estos tuvieron que ceder, renunciar á Tesalónica, regresar á Dirraquio (Durazzo) y por fin abandonar el continente griego. De todo lo que habian conquistado, no les quedó mas que una parte de las islas Jónicas. Pero la victoria sobre estos enemigos fué el único resultado de que pudo gloriarse Isaac. En lo demás la situacion del imperio empeoró en todos sentidos. El peso

de los impuestos y las arbitrariedades de los funcionarios arruinaron las provincias; en la capital la corte y el pueblo se entregaban á continuas fiestas y goces aristocráticos; el ejército y la armada yacian en la mas deplorable decadencia. Isaac se dirigió otra vez á los francos, para procurarse un apoyo en su varonil energía contra las agresiones enemigas; pero tanto por esto, como por su deplorable gobierno, suscitó una peligrosa insurreccion, en la cual el valeroso Alejo Branas esperaba apoderarse del trono. Isaac se hubiera visto perdido, si no hubiese recibido auxilios del marqués Conrado de Monferrato, el que posteriormente fué héroe defensor de Tiro. Conrado habia llegado poco tiempo antes á Constantinopla, recibió con la mano de Teodora hermana de Isaac el título de César, y á la cabeza de su pequeño séquito de caballeros y de una division de aventureros, en su mayor parte asalariados francos que habia reunido á toda prisa, salió audazmente al encuentro de los insurrectos. Estos fueron vencidos en batalla campal en la cual murió Alejo Branas á manos del mismo marqués (1188). Poco tiempo despues estallaron, sin embargo, nuevos disturbios entre griegos y latinos, á consecuencia de los cuales el mismo libertador del imperio se separó del emperador, y por fin, en la época de la batalla de Hattin, abandonó á Constantinopla, para buscar fortuna en las costas de Siria.

Isaac volvió á quedar en la mas lastimosa situacion á pesar de haber sido aniquilado su mas peligroso enemigo, Branas. Por todas partes le acosaban la conjuracion, las insurrecciones y la defeccion, y aun cuando se sostuvo en el trono, el territorio de sus dominios, se iba encerrando en límites cada vez mas estrechos. El imperio sufrió por este tiempo las mayores pérdidas al Norte de la region de los Balkanes, donde los serbios que en otras ocasiones se habian levantado contra Manuel y Andrónico, se emanciparon por completo de la soberanía bizantina; y los búlgaros y válacos llenos de desesperacion por las inauditas exacciones con que los abrumaban los funcionarios imperiales, tomaron tambien las armas en el año 1186, y se hicieron poco á poco independientes en medio de luchas largas y de varia fortuna, fundando al fin un nuevo imperio búlgaro. Al frente de ellos estaban dos hermanos, Pedro y Juan Asen, oriundos de los antiguos reyes búlgaros. A fines del año 80 tenian ya perdido los griegos casi todo el territorio comprendido entre el Danubio y los Balkanes.

Finalmente, cuando los pueblos del Oeste hacian los preparativos para la tercera gran cruzada, habia llegado el imperio bizantino á una situacion mas deplorable aun; porque el emperador Isaac y el pueblo de Constantinopla miraban con odio y desconfianza las aspiraciones de los francos á consecuencia de los sucesos de los últimos años, y abrigaban mas bien disposiciones amistosas que hostiles respecto del enemigo principal de los cristianos, Saladino. Esto último, aun cuando no los llevaba á su salvacion, no podia, sin embargo, vituperarse en absoluto. Hacia ya mucho tiempo que estaban amenazados por el poder de Saladino, no solo los cristianos sirios, sino tambien y mas de cerca casi todos los principes musulmanes del Asia Menor. Kilidsch Arslan, el mas terrible enemigo de los griegos, se habia hecho á consecuencia de esto enemigo de Saladino y amigo de los francos; por eso la alianza de Isaac con Saladino para luchar contra los selducidas y contra los cruzados era una consecuencia natural de la atmósfera política que se respiraba. En el año 1188 empezaron las negociaciones entre ambos soberanos. Fueron y vinieron de una y otra parte embajadores, y segun parece, se celebró una alianza formal á principios del verano de 1189, precisamente cuando los alemanes, á las órdenes del emperador Federico, se aproximaban á las fronteras griegas.

Isaac concedió á los musulmanes una mezquita en Constantinopla, prometió estorbar en lo posible la marcha del ejército cruzado y hasta dejó entrever al Sultan que le enviaria una escuadra auxiliar de 100 barcos. Saladino, por su parte, garantizó la tolerancia de las creencias griegas en las iglesias de Palestina, y se comprometió sin duda alguna, por mas que nada de esto nos dice la tradicion, á prestar servicios efectivos, como por ejemplo, auxiliar á Isaac en alguna guerra contra Kilidsch Arslan.

Además la política se mezcló con las luchas de las religiones del modo mas extraño. Los dos emperadores de los cristianos estaban aliados cada uno con uno de los dos sultanes del Asia occidental. No podian esperarse buenos resultados de estas uniones tan poco naturales para una cruzada: particularmente los griegos trocaban lejanas é inciertas ventajas por próximos y terriblemente amenazadores peligros. Por efecto de la descabellada política de los Comnenos, las cosas habian venido á parar á que, despues de un siglo que el emperador Alejo I habia hecho un llamamiento á la cristiandad romana para que le ayudase á combatir al islamismo, no parecia quedar otro remedio á su sucesor que el de hacer una alianza altamente peligrosa con el mas poderoso enemigo de su fe.

CRUZADA DEL EMPERADOR FEDERICO I

El emperador Federico, de quien volvemos ahora á tratar, se encaminó por el valle del Morava arriba en direccion á Nissa y Sofia desde mediados de julio de 1189. En las comarcas comprendidas entre el Danubio y los Balkanes reinaba en aquellos momentos la confusion mas espantosa. Acá y allá se encontraban aun funcionarios bizantinos. Tambien salieron á recibir á los alemanes algunos embajadores de Isaac que aparentaron por el momento sostener amistosas relaciones. Entre tanto se presentaron al ejército cruzado algunos mensajeros de los principes de Servia y Bulgaria, y pidieron con insistencia se dignase el emperador aliarse con sus señores para luchar juntos contra los griegos. El gran Schupan de Servia, Estéban Nemanya, se presentó en el campamento y procuró apoyar la misma peticion por medio de grandes regalos en provisiones. Federico contestó, como era natural, que su objetivo era el Santo Sepulcro, y que no desenvainaria su espada contra los griegos, sino en el caso de que estos le obligasen á romper las hostilidades. Pero lo mas triste y desagradable para los alemanes en esta expedicion al atravesar las montuosas y escarpadas comarcas comprendidas entre Hungría y Tracia, fué que en el espacio de este territorio que faltaba por recorrer, ni los funcionarios griegos, ni los principes eslavos, podian tener á raya á los habitantes embrutecidos por la larga guerra civil. Innumerables bandidos infestaban los caminos y estaban en acecho detrás de las matas y de las rocas para apresar á los peregrinos aislados, ó apoderarse de los caballos y carros de los bagajes, y solo á costa de rudos combates y de los mas crueles castigos aplicados á los que caian prisioneros, pudo el ejército conseguir la necesaria tranquilidad.

Cuando los cruzados bajaron á Tracia, conocieron por varios indicios, que el gobierno bizantino no abrigaba intenciones leales respecto de ellos. Además de esto, Isaac mandó entregar una carta al emperador Federico en la última jornada antes de llegar á Filipópolis, en la cual le afirmaba que sabia de una manera cierta que los alemanes abrigaban intenciones hostiles contra él. En su consecuencia les prohibia continuar la marcha, si se negaban á entregarle suficientes rehenes y á cederle de antemano la mitad de todas las conquistas que hicieran en Siria. Por fin se supo que el empera-

dor griego, evidentemente para asegurarse algunos rehenes, apresó y maltrató villanamente a la grande embajada que se le había mandado desde Nuremberg. Encontrábase pues los alemanes en país enemigo; pero no surgió de esto un peligro muy serio para el ejército cruzado, porque Isaac, vacilante entre le arrogancia y la pusilanimidad, había tomado suficientes medidas de defensa, y porque entre los habitantes de Tracia vivían también algunos amigos de los alemanes, particularmente armenios, cuyos compatriotas habían abrigado desde antiguo disposiciones favorables a los cruzados. La población mas próxima, que hubiera podido poner obstáculos a la marcha del ejército, era la populosa y rica ciudad de Filipópolis; pero fué evacuada por las tropas griegas, huyeron los ciudadanos, y el 26 de agosto se apoderaron los cruzados sin combate alguno de las casas y bienes de los fugitivos. Verdad es que poco tiempo despues llegó hasta muy cerca un ejército enemigo, y una partida de gente escogida se preparó a caer de improviso sobre los alemanes; pero estos, enterados por espías armenios, se adelantaron a los griegos, y les causaron una sangrienta derrota, que hizo retroceder de espanto a todo su ejército. En seguida cayeron sobre los pueblos y ciudades de las cercanías, se apoderaron de la mayor parte sin esfuerzo, sacaron abundantísimas provisiones y extendieron poco a poco su dominación sobre todo el Noroeste de la Tracia.

Este inesperado giro de la cruzada movió al emperador Federico, a cuidar de mantener con mano firme a su ejército en la mas severa disciplina. La guerra, que entonces tenía que hacerse en pequeña escala, divididas las fuerzas en secciones, relajaba naturalmente la subordinación de las tropas.

El viejo emperador, en su consecuencia, empleaba gran severidad, sin guardar consideración alguna donde quiera que veía cualquier violencia ó cualquier exceso. Dividió asimismo las tropas en batallones de 500 hombres cada uno, al frente de los cuales puso un jefe (coronel), a quien correspondía la dirección en los combates y el mas alto poder en asuntos de justicia. Además estableció un consejo de guerra compuesto de 60 hombres importantes é instruidos, de los cuales, sin embargo, solo 16 eran llamados para las deliberaciones secretas de mas importancia.

Se ocupó con el mismo afán en terminar la lucha con los bizantinos, para no verse imposibilitado de continuar la peregrinación. En esta materia le pareció desde luego lo mas importante libertar a sus embajadores encarcelados en Constantinopla; y gracias al temor que causaron sus armas y a las manifestaciones que hizo una nueva embajada, que envió a Isaac, consiguió también que por fin fuesen sacados de la cárcel «medio desnudos» los prisioneros ultrajados y robados. Cuando estos se acercaron al campamento imperial de Filipópolis, les salieron a recibir 3,000 caballeros y los saludaron blandiendo las armas llenos de júbilo. El pueblo exclamaba: «Hiute ist Herre Din tach.» (Hoy es día de servir al Señor.) Y el emperador con lágrimas de alegría abrazó y besó a los libertados.

Pero en todo esto había trascurrido muchísimo tiempo. El 28 de octubre se celebró la alegre fiesta que acabamos de mencionar. El invierno se echaba encima, y en su consecuencia la continuación de la marcha por el Asia Menor debió parecer por de pronto impracticable. Anádase a esto que los cruzados se hallaban muy lejos de estar a la sazón en paz con los griegos: cierto es que Isaac se ofreció a suministrarles víveres y barcos para su marcha al Asia y a precios muy equitativos; pero al mismo tiempo ofendió a Federico al designarse a sí propio, como antes había sucedido, con el nombre de emperador romano, y a Federico, por el contra-

rio, con el de rey de Alemania solamente. Además, corrió el rumor de que los griegos querían atacar con todas sus fuerzas al ejército alemán a su paso al Asia; y los embajadores libertados elevaron amargas quejas sobre la emponzoñada enemistad, que tanto el pueblo de Constantinopla, como el emperador Isaac, profesaban a todos los peregrinos y sobre la ya públicamente conocida alianza del último con el sultan Saladino.

En estas circunstancias, fué preciso continuar por algun tiempo la lucha con los griegos. Federico amenazó a su antagonista con altivas palabras, en las cuales defendía su dignidad y a la vez exigía que se le diese cumplida satisfacción por todas las faltas cometidas, y seguridades para lo futuro, entregándole al efecto muchos rehenes. Luego avanzó hasta Andrinópolis, estableció allí su campamento y envió en todas direcciones a los grandes de su ejército con fuertes destacamentos de tropas a recoger víveres y estrechar cada vez con mas fuerza a los enemigos. El resultado de estas medidas fué muy lisonjero. Muchos pueblos tracios, por el Norte hasta los Balkanes, por el Sur hasta el mar Egeo y por el Oeste hasta mas allá de la cordillera de los Rhódopes, cayeron en poder de los alemanes. Los griegos sufrieron graves pérdidas, al paso que los cruzados fueron favorecidos por la suerte casi en todo. Los caballeros tuvieron, según lo deseaban, gloriosas aventuras y rico botín; y el campamento de Andrinópolis estaba siempre muy bien abastecido de toda clase de provisiones, gracias especialmente a la incansable vigilancia del duque Federico de Suabia, a quien los peregrinos por lo mismo llamaban en broma su despennero. Pero cuanto mas duraban estos sucesos, tanto mas cerca estaba también el peligro de que naciese de ellos una guerra temible para la existencia del mismo imperio bizantino. Ya había avisado el emperador Federico al hijo que había dejado en Alemania, que cuidase de que Pisa, Génova, Venecia y Ancona enviases en la primavera próxima una escuadra para auxiliar a los cruzados, y que excitase al Papa a predicar la cruzada contra los pérfidos griegos, en cuya iglesia principal había manifestado públicamente el patriarca, que todo griego que matase 100 peregrinos, aun cuando hubiese muerto a 10 griegos, recibiría indulgencia plenaria. Además, se entablaron negociaciones con los príncipes serbios y válcobúlgaros, de quienes se esperaban con fundamento grandes auxilios para emprender la guerra contra Constantinopla.

Entre tanto, en el fondo de su corazón sentía el emperador alemán amistosas disposiciones respecto de Isaac, y por lo mismo volvió a entablar negociaciones. Por fin logró quebrantar la intempestiva resistencia del bizantino, y el 14 de febrero de 1190 recibió Federico la ansiada noticia de que sus embajadores habían logrado concluir un tratado de paz en condiciones favorables, con arreglo al cual debían ser puestos en libertad todos los prisioneros alemanes, indemnizados completamente los embajadores maltratados el año anterior, y estar dispuestos 235 barcos de guerra y transporte para trasladar el ejército al Asia. Los peregrinos recibirían víveres a un precio equitativo mientras durase la marcha por el territorio bizantino; pero podían apropiárselos a la fuerza, si los habitantes de las provincias griegas se negaban a venderles las provisiones. El emperador Isaac entregaría a los alemanes como garantía del puntual cumplimiento del tratado 18 rehenes escogidos de entre sus parientes mas inmediatos y de las clases elevadas, y finalmente el paso del ejército cruzado no se verificaría en Constantinopla por el Bósforo como anteriormente había sucedido respecto de todas las grandes cruzadas, sino desde Gallipoli por el Helesponto (Estrecho de los Dardanelos), determinación que

podría tener su explicación en la apenas terminada guerra entre peregrinos y bizantinos.

El emperador Federico se conformó con todo esto, y levantó el campo, dirigiéndose desde Andrinópolis hacia el Sur a principios de marzo de 1190, despues de haber recibido los rehenes de los griegos. El paso del ejército por el Helesponto duró desde el 22 al 28 de marzo, por haberse retardado a causa de las tormentas. Por fin se embarcó el emperador para el Asia escoltado por cinco barcos de guerra y festejado por la música guerrera de los griegos que desde la playa lo contemplaban estupefactos. Las fuerzas militares alemanas que acababan de escapar de los mas graves peligros, eran sobre poco mas ó menos las mismas que a la salida de la patria. El infeliz Isaac no había conseguido con sus hostilidades mas que debilitar considerablemente sus propias fuerzas, y propagar a distancias cada vez mayores el convencimiento de que era inevitable una gran guerra entre francos y griegos. Los alemanes, por el contrario, no habían tenido hasta entonces mas que pérdidas insignificantes causadas por las fatigas y las luchas; la mas importante que tuvo el ejército fué debida a que la mayor parte de algunas brigadas húngaras, que se le habían incorporado al principio, regresaron a su patria a instancias del rey Bela; pero en cambio se volvió a aumentar en igual proporcion el número de los peregrinos con la llegada de los rezagados.

El ejército emprendió la marcha desde el estrecho de los Dardanelos dirigiéndose hacia la parte S. S. E. por el territorio interior del lado mas occidental del Asia Menor. Los bosques, las montañas y los rios presentaron muchos obstáculos a la expedición. Los habitantes de las provincias griegas procuraban sustraerse a la obligación de suministrar víveres, apelando a la fuga, y luego reunidos en partidas como bandoleros seguían a los peregrinos tendiéndoles lazos; pero a pesar de esto salió del paso el ejército con la conveniente rapidez, y despues de tres semanas largas llegó el 21 de abril a Filadelfia, ciudad griega la mas importante de las regiones interiores del Asia Menor occidental. En esta ciudad la actitud hostil de los ciudadanos produjo serios altercados, que no sin trabajo se calmaron, por la intervención del gobernador de la ciudad primero, y luego por la del emperador Federico. Para quitar todo pretexto a nuevas provocaciones, prosiguió en seguida la marcha, caminando el ejército por espacio de algunos dias en dirección Sudeste al través de comarcas desiertas, que habían sido devastadas horriblemente en las guerras de los bizantinos y de los turcos seldyucidas. En la deliciosa ciudad de Laodicea tocaron los cruzados el último pueblo griego, desde donde se volvieron derechos hacia el Este al interior del Asia Menor. Enjambres de turcomanos ó seldyucidas comenzaron ya a molestar al ejército entre Filadelfia y Laodicea. Repetíanse a la sazón sus ataques de día en día, y particularmente tomaron carácter amenazador, cuando los peregrinos se aproximaron al desfiladero de Miriocefalon, donde el emperador Manuel había sido completamente derrotado 14 años antes. Se consideró imposible forzar el desfiladero y en su consecuencia, el ejército torció al Norte, y por medio de una marcha muy difícil por terrenos accidentados y una serie de altas montañas, dió vuelta felizmente al desfiladero. En los combates que ocurrieron en este intermedio, conservaron perfectamente estos cruzados la disciplina y el valor.

Los enemigos, por lo que nosotros sabemos, experimentaron muchas mayores pérdidas que los alemanes; pero la situación de los últimos se fué haciendo poco a poco muy crítica, pues las bestias de carga y los caballos de montar en los cuales estribaba en su mayor parte la fuerza defensiva del ejército, se habían fatigado sobremanera en las largas fac-

nas de la guerra de Tracia, y mas aun en las marchas llenas de privaciones verificadas desde la salida del estrecho de los Dardanelos. Pero al Este de Laodicea, debido a los enemigos que hormigueaban alrededor del ejército, apenas fué ya posible proporcionarse forraje, y la fuerza de las bestias se acababa con increíble rapidez. Esto no obstante, los alemanes se consolaban con la esperanza de que esta penuria había de terminar pronto, porque se hallaban ya en el territorio del Sultan de Iconio, que en tan amistosas relaciones estaba con el emperador; pero allí se había verificado entre tanto un cambio de gobierno. El anciano Kilidsch Arslan II había renunciado el trono y repartido su imperio entre sus hijos. La soberanía de Iconio correspondió al príncipe Kutbeddin. Ciertamente que Kilidsch Arslan había enviado poco tiempo antes un embajador a Federico; que Kutbeddin hizo lo mismo poco tiempo despues, y los dos mensajeros hicieron al emperador repetidas protestas de que los príncipes seldyucidas, poseídos de los mas amistosos sentimientos hacia los alemanes, eran del todo inocentes de los ataques de que hasta entonces había sido objeto el ejército peregrino, pues estos habían partido únicamente de las tribus nómadas indisciplinadas y que no reconocían a ningún soberano. Pero en realidad las cosas pasaban de una manera enteramente distinta, pues Kutbeddin no solo había vuelto a abrazar la causa del islamismo, sino que habiéndose casado con una hija de Saladino, había celebrado una estrecha alianza con este contra los cruzados. Los embajadores musulmanes que, como era natural, sabían a que atenerse, manifestaron por fin el 5 de mayo, dos dias despues del paso del ejército por la parte del Norte de Miriocefalon, que deseaban hablar a uno de los emires enemigos. Con este pretexto lograron escapar del ejército y hasta llevarse como prisionero al caballero Godofredo de Wiesenbach, el cual había estado de embajador alemán cerca de Kilidsch Arslan en el año 1189. Entonces comprendieron los peregrinos dónde se hallaban; es decir, que les aguardaban muy pronto los mayores apuros y los mas graves peligros.

Llegaron el 7 de mayo a Filomelum, incendiaron esta ciudad y desde allí avanzaron en línea recta en dirección a Iconio. Pero se encontraban continuamente cercados, no ya por grupos aislados, sino por poderosísimas masas de las mejores tropas seldyucidas. Sucediábase los ataques uno tras otro: los cristianos se veían precisados a pelear cuando casi se estaban muriendo de calor, sed y hambre. A los pocos dias no quedaban ya mas que algunos centenares de caballos útiles; los restantes, lo mismo que las bestias de tiro, sucumbieron y su carne sirvió de alimento a los peregrinos y su sangre de bebida para apagar la sed que los devoraba. Además masticaban y chupaban las cosas mas repugnantes para fortalecerse y refrescarse de algun modo. Pero el antiguo entusiasmo de los cruzados, que corría parejas con el espíritu y disciplina militar, mantuvo firmes a los desgraciados. Uno veía en fantástico éxtasis a San Jorge, montado en un caballo blanco, precediendo a los suyos y derrotando a los enemigos; otro divisaba pájaros milagrosos que revoloteaban al rededor del ejército anunciando la felicidad. El viejo emperador, su hijo el duque Federico, los príncipes y señores, todos, dando heróico ejemplo, se adelantaban en los combates a las masas guerreras. La espada y la lanza de los alemanes causaban terribles destrozos entre los seldyucidas, y tras grandes pérdidas tuvieron estos que dejar al ejército que continuase su marcha un dia tras otro (1). Por fin, el 17 de

(1) A estos dias de extrema penuria corresponde la conocida narración hermosa de los versos de Uhlend sobre el tremendo sablazo del temible caballero de Suabia. Sin embargo, esta narración es probablemente novelesca.